

«EXTENSIONES DE PODER»: UNA PROPUESTA DE ANÁLISIS EN TORNO A
LA ARTICULACIÓN DE LOS ESPACIOS DE PODER. LA VALÍA DEL DOCTOR
TALAVERA EN SALAMANCA (1475-1521).

Manuel Santos Burgaleta
Universidad de Salamanca

A primeros de mayo de 1521, apenas comenzada a sofocar la rebelión comunera, el conde de Monterrey y su primo Alonso Rodríguez de Fonseca, caballeros salmantinos leales al Emperador, señalarían entre los principales alborotadores de la ciudad a doña María Pereyra por haber ido pregonando un año antes, cuando el malestar del reino no andaba en más que encendidos rumores, su esperanza de que su sobrino el deán don Juan Pereyra, Alonso Enríquez, y especialmente don Pedro Maldonado Pimentel, «*avian de mandar Salamanca*». Era no en vano este último quien había acabado liderando la revuelta en la ciudad junto a los ya dichos y otros familiares tan cercanos como su tío Diego de Guzmán y su primo Francisco Maldonado, y por eso, quien había también de encabezar la relación de traidores salmantinos que sus adversarios, convertidos como vencedores en inevitables delatores, estaban a la sazón proporcionando a los gobernadores del reino¹. Pocas veces como entonces fueron tan frecuentes los informes de este tipo remitidos a la corte castellana, más que nada, porque rara vez había ésta de mostrarse tan receptiva. Pues la Monarquía de Castilla, inmersa por estas fechas como es sabido en pleno proceso de afianzamiento tras una breve y tensa estancia del rey en el país y una rebelión que había puesto en jaque los principales resortes de su soberanía, precisaba urgentemente de información. Y no sólo para responder como era debido —o sea, con mercedes y escarmientos— a los recientes acontecimientos del reino, sino fundamentalmente para tratar de articular en base a ella un modelo estable de gobierno.

Después de todo, ni siquiera la victoria en Villalar parecía haber mitigado la honda preocupación que hacía tiempo cundía en la corte sobre el patrón gubernativo a desarrollar por un monarca joven, inexperto y extranjero; la insoslayable sensación, podría decirse, de que el nuevo rey había de ser instruido en una conducta política, si no específicamente castellana, acorde siquiera con ciertos usos que el reino había ido asumiendo secularmente como los más idóneos. Y entre los numerosos cortesanos que por estas fechas quisieron dejar constancia de su opinión sobre la educación política del monarca, cabría destacar la figura de don Fadrique Enríquez de Cabrera, Almirante de Castilla. Por su condición de gobernador del reino, antes de nada; también, porque fue de los pocos que se atrevió a manifestar directamente sus inquietudes ante el propio Carlos V; pero sobre todo, porque supo expresar como nadie los dos aspectos a mi juicio más constantes y significativos de afán pedagógico semejante. El primero era la necesidad de que el joven monarca hubiese de inspirar su forma de gobierno en la que tan celebradamente habían desplegado los Reyes Católicos. Obviamente, debía en segundo término concretarse qué preciso modelo de conducta política era la que había de heredar Carlos V de sus abuelos. Y todos los mensajes apuntaban aquí hacia la ineludible exigencia de conocer quién era quién en el reino.

No podía ser de otro modo cuando la soberanía radicaba coetáneamente por excelencia en el ejercicio de la gracia², y un óptimo uso de la misma precisaba ante todo de una

¹ M. DANVILA Y COLLADO., *Historia crítica y documentada de las Comunidades de Castilla*, Madrid, 1897; *Memorial Histórico Español*, XXXVIII, pp. 95-97.

² Véase, por ejemplo, S. de DIOS., *Gracia, Merced y Patronazgo Real. La Cámara de Castilla entre 1474-1530*, Madrid, 1993. La misma idea, pero con un enfoque más sugerente, puede encontrarse en los trabajos

información cualitativa sobre sus posibles beneficiarios. Pero desde su dilatada experiencia en asuntos de gobierno, lo que a mediados de 1522 quiso advertir el Almirante de Castilla a Carlos V era que tan preciosa información estaba íntimamente subordinada, porque trascendía de ella, a la forma de obtenerla, a un modelo de conducta; que sólo podía conseguirse desde el trato cotidiano, mediante el íntimo contacto con sus súbditos; que la fidelidad del reino, pero en definitiva la tarea misma de gobernarlo, no habría a la postre de articularse sino sobre la calidad de los vínculos personales que mantuviera el monarca³.

Carlos V mal había pues de fiarse sino de leales servidores como en Salamanca lo habían sido durante las Comunidades el conde de Monterrey y Alonso Rodríguez de Fonseca, máxime cuando su fidelidad se remontaba hasta los años en que a las órdenes de su tío don Alonso de Fonseca, arzobispo de Santiago, habían defendido en la ciudad la opción política de Felipe I frente a los partidarios de Fernando el Católico. Porque sólo desde la confianza que otorga el servicio personal cabría entender que la denuncia hecha llegar a la corte por el de Monterrey y su primo en mayo de 1521, acabase meses después convertida –letra por letra casi– en la lista definitiva de condenados salmantinos por delitos de *lesa majestad*. Era de algún modo comprensible que, como cabeza primero de los rebeldes y después de los delatados salmantinos, don Pedro Maldonado Pimentel fuese objeto de una especial severidad por parte de la Corona. Pero en julio de 1522, el Conde de Benavente llegaría a recriminar al Emperador la cruda inclemencia regia que estaba padeciendo don Pedro, sobrino suyo, cuando muchos con mayor culpa estaban siendo directa o indirectamente indultados. Y no se engañaba el conde, pues no bien pasado un mes, sin haberse confirmado todavía su condena, don Pedro Maldonado era degollado en Simancas por orden expresa de Carlos V⁴.

Cabe por consiguiente pensar en alguna razón de más peso que su sola implicación en la revuelta comunera para comprender la implacable rigidez de la Corona con don Pedro Maldonado. Ignoro hasta qué punto pudo ser Carlos V sensible a las advertencias que veíamos le hizo pocas fechas atrás el Almirante de Castilla, aunque no sería del todo aventurado considerar que al monarca hubieron de hacerle saber quién era aquel rebelde salmantino, de informarle sobre el significado de su identidad en la política del reino. Cualquiera hubiese podido hacerlo, pero es de creer que debieron ser leales servidores quienes le advirtiesen que se trataba del nieto y heredero del doctor Rodrigo Maldonado de Talavera, aquel consejero de los Reyes Católicos cuya destacada carrera política en la corte y en Salamanca se había cimentado, conforme a su tan celebrado estilo de gobierno, sobre una vinculación personal tan estrecha con los monarcas que le llevaría a aglutinar en torno a sí a los principales valedores de aquellos en la ciudad.

de L. LEVY PECK., *Court Patronage and Corruption in Early Stuart England*, Boston, 1990; A. M. HESPANHA., *La gracia del derecho. Economía de la cultura en la Edad Moderna*, Madrid, 1993; y especialmente en G. PAPAGNO., «La Virtuosa Bemfeitoria», en C. MOZZARELL (dir.), «*Familia*» del Príncipe e famiglia aristocratica, Roma, 1988, pp. 181-211.

³ La preocupación y consiguiente inquietud pedagógica suscitadas en la corte en relación a la forma de gobierno de Carlos V puede seguirse a través del testimonio directo de distinguidos cortesanos como, por ejemplo, el Cardenal Cisneros (véanse las instrucciones al respecto enviadas en 1517 por éste al cardenal Adriano en M. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ., *Corpus documental de Carlos V*, Salamanca, 1973, I, pp. 64-69), Pedro Mártir de Anglería (*Epistolario*, Madrid, 1953-1957; CODOIN, XI, epíst. 568, 576, 582, 597, 611, etc.), fray Antonio de Guevara (*Libro primero de las Epístolas familiares*, Madrid, 1950-1952, I, epíst. 1 y 2; y especialmente, *Relox de Príncipes*, Madrid, 1944, pp. 289-291), o el propio Almirante de Castilla (véase su referida carta a Carlos V en M. DANVILA Y COLLADO., *Historia crítica...*, XXXIX, pp. 94 y ss.).

⁴ AGS. PR, leg. 3, fol. 1 y leg. 5, fol. 16; Cédulas, lib. 61, fol. 183; CMC, primera época, leg. 380; y RGS, 16 de octubre de 1522.

La imperdonable culpa de don Pedro Maldonado, en fin, no había de ser otra que haber querido «*mandar Salamanca*» como lo hizo su abuelo hasta su muerte en 1517. Esto es, como líder de la facción que el doctor Talavera encabezase en dicha ciudad a favor de Fernando el Católico y en contra de aquellos, los viejos partidarios de Felipe I, que ahora se agrupaban en torno a la lealtad al rey don Carlos. Y es que la rebelión comunera en Salamanca difícilmente podría comprenderse al margen del afán de don Pedro Maldonado y sus aliados por recuperar la posición de absoluta primacía política que habían ostentado en la ciudad mientras vivió el doctor Talavera. Sin embargo, tan arriesgada apuesta había de llevar a don Pedro no sólo a perder la vida y la hacienda —que la Corona cedió a su principal enemigo y delator, el conde de Monterrey—, sino a quedar en la memoria colectiva de su tiempo como el fatuo dilapidador del mayorazgo, honras y preeminencias que tanto le habían costado ganar en vida al doctor Talavera⁵.

1. «*Mandar Salamanca*»: la articulación de la valía del doctor Talavera.

Si hay acontecimientos excepcionales que llegan a marcar irreversiblemente el curso de una vida, a Rodrigo Maldonado de Talavera había de presentársele el suyo durante su estancia en Béjar el verano de 1467. Había llegado en el séquito del arzobispo de Sevilla, firme partidario del llamado rey Alfonso que venía a reunirse con otros aliados y principales *enriqueños* como el conde de Alba y el marqués de Villena, para negociar la legítima rehabilitación en el trono de Enrique IV⁶. Rodrigo Maldonado conocía a don García Álvarez de Toledo, entonces conde de Alba, de una reunión semejante mantenida meses atrás en Segovia, donde seguramente habían llegado a congeniar, pero fue al partir de Béjar cuando quedó sellado entre ambos un inquebrantable y fructífero vínculo de amistad que ni siquiera la muerte, pues habían de heredarlo sus respectivos sucesores, llegaría a desvanecer. Qué hizo o dijo Maldonado en el curso de aquellas conversaciones para ganarse el afecto y protección del conde, es algo imposible de precisar. No obstante, tanto el de Alba como el rey a quien éste respaldaba, comenzarían justo entonces a darle muestras de su gratitud y confianza. Así, entre junio y septiembre de 1467, Rodrigo Maldonado pasaba de ferviente *alfonsino* a ser designado oidor del Consejo Real de Enrique IV y, sólo tres meses después, nombrado alcalde de casa y corte⁷. Y algunos años más tarde, en septiembre de 1472, varios caballeros salmantinos del bando de Santo Tomé, sus aliados de siempre en la ciudad, habían de reprochar al conde de Alba las desorbitadas mercedes que, en su opinión y perjuicio, estaba de algún tiempo acá haciendo al doctor Talavera cuando no hacía siquiera un lustro que lo conocía⁸.

No hablaban de oídas, desde luego. Al poco de regresar de Béjar, Rodrigo Maldonado abandonaba la servidumbre del arzobispo de Sevilla en pos de una nueva amistad que

⁵ Puede verse al respecto, por ejemplo, G. FERNÁNDEZ DE OVIEDO., *Batallas y quinquagenas*, Salamanca, 1989, pp. 218-220, y L. de ZAPATA., *Miscelánea*, Madrid, 1859; *Memorial Histórico Español*, XI, p. 425.

⁶ Respecto a la activa adscripción política del doctor Talavera a la causa del príncipe Alfonso, véase H. del PULGAR. *Crónica de los Reyes Católicos*, Madrid, 1943, I, p. 394, y *Letras*, Pisa, 1982, pp. 60-61; y asimismo, sobre a la referida reunión en Béjar y la presencia en ella del doctor Talavera, J. TORRES FONTES., *El príncipe don Alfonso (1465-1468)*, Murcia, 1971, pp. 87-88, y ARCHV, *Pleitos Civiles*, Lapuerta- F-C.379-1.

⁷ S. de DIOS., *El Consejo Real de Castilla (1385-1522)*, Madrid, 1982, p. 261.

⁸ A. VACA LORENZO., «Los bandos salmantinos. Aportación documental para su estudio», en *Salamanca y su proyección en el mundo. Estudios Históricos en honor de D. Florencio Marcos*, Salamanca, 1992, pp. 433-458.

invitaba a instalarse en Salamanca. Lo hizo a principios de 1468, y el 16 de noviembre comparecía ante el claustro de la universidad oponiéndose a la cátedra de Prima de leyes. Seis días después debía suspenderse la votación prevista para el nombramiento por ausencia de Maldonado, que en aquel preciso instante se hallaba entrevistándose con el conde de Alba en algún lugar a tres leguas de la ciudad donde éste le había citado. No faltó entonces en el claustro quien opinase que Maldonado «no debería ir al conde por quanto paresçería que seguía ruego de señores». Y fue, en efecto, por ruego de su nuevo patrón que Rodrigo Maldonado pudo gozar en delante de los 70.000 maravedíes que rentaba la cátedra de Prima. Que no llegase, como parece, a servirla, se debió únicamente a que el primero de diciembre el licenciado Diego de San Isidro, viejo servidor de la casa de Alba, renunciaba a instancias de don García a su cátedra de Vísperas de leyes en favor de Maldonado, de la que tomaría posesión el 3 de enero de 1469. Fue, curiosamente, justo el mismo día en que el claustro le daba licencia para que en un plazo perentorio de cinco meses pudiese obtener el título de doctor en leyes⁹.

Ya como doctor, a mediados de año Rodrigo Maldonado de Talavera hubo de incorporarse a sus nuevos oficios en la corte, donde pudo disfrutar del favor de Enrique IV gracias al respaldo del conde y, sobre todo, velar de cerca por los intereses de su patrón¹⁰. Hombre de clara inteligencia, según se desprende de su rápido ascenso y no pocos testimonios coetáneos que habrían de incluir su propia jactancia sobre lo difícil de conseguir engañarle¹¹, el doctor Talavera encarnaba el *instrumento* acaso más efectivo de cuantos disponía el conde de Alba en las más altas instancias cortesanas. Pero, justamente por eso, a don García no había de escapársele que el potencial político del doctor Talavera podía darle aún mucho más de sí en otros ámbitos sobre los que aspiraba a proyectar la sombra de su poder. Y si no el desarrollo de una estrategia preconcebida, serían los acontecimientos que meses después tuvieron lugar lo que señalaría definitivamente al doctor Talavera como el hombre clave para consumar el propósito largamente abrigado por el conde de «señorear» Salamanca.

Pues a finales de 1469, y gracias tanto a sus servicios como seguramente al trabajo y creciente influencia de su principal hechura cortesana, Enrique IV hacía merced al conde de Alba del señorío de Salamanca. Escasos días después, excusándose en un ánimo de poner paz entre los bandos locales de San Benito y Santo Tomé, don García entraba en la ciudad «acompañado de muchas gentes, así de cavallo como de pie» para tomar posesión de su nuevo título. Pero habiendo confiado sus verdaderas intenciones a los de Santo Tomé, sus aliados tradicionales, éstos optarían por hablar «con los principales de aquella çibdad», los cuales, poniendo en armas a sus secuaces, lograron expulsar de Salamanca al conde de Alba «con grande perdida e daño suyo e de sus gentes»¹². Temerosos sin embargo de su cólera, los tomesinos se apresuraron a enviar ante el conde una embajada de cuatro caballeros para disculparse y reiterarle su lealtad de siempre. No obstante, la frialdad y agrios reproches que

⁹ F. MARCOS RODRÍGUEZ, *Extractos de los libros de claustros de la Universidad de Salamanca. Siglo XV (1464-1481)*, Salamanca, 1964, pp. 116-121.

¹⁰ Sobre la relación de estrecha colaboración e íntegra confianza entre Enrique IV y el doctor Talavera, mensurable por ejemplo en las cuantiosas mercedes que éste recibiría del monarca, véase M. HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, «Rodrigo Maldonado de Talavera y la "demarcación" del Océano», en *Homenaje al profesor Alfonso García-Gallo*, Madrid, 1996, III, pp. 101-126.

¹¹ El testimonio de que el doctor Talavera solía ufanarse de haber sido engañado sólo dos veces en toda su vida, está recogido en el *Floreto de anécdotas y noticias diversas que recopiló un fraile dominico residente en Sevilla a mediados del siglo XVI*, Madrid, 1948; *Memorial Histórico Español*, XLVIII, pp. 29-30.

¹² D. de VALERA, *Memorial de diversas hazañas*, Madrid, 1941, pp. 167-168.

les dispensaría don García, les parecieron exigir nuevas iniciativas conciliatorias. Y no se equivocaban. El 5 de enero de 1470, apenas de regreso en Salamanca, un nutrido grupo de caballeros de Santo Tomé escribía al conde eximiéndose de toda culpa, amén de manifestarle su «*grand dolor e sentimiento*» por lo acontecido y su esperanza de que no fuese a perturbar su antigua alianza. Pero, a pesar de su premura, el mensaje llegaba al parecer demasiado tarde.

De hecho, en aquella carta que vimos remitieron al conde en septiembre de 1472, los caballeros de Santo Tomé habían de lamentar su impresión de haber perdido —decían— «*la grand parte que en vuestra merced e casa pensávamos que teníamos*». Se referían al tenso clima de malentendidos que había presidido sus encuentros desde entonces, y especialmente al último, en el que tratando sobre la provisión del regimiento a la sazón vacante en Salamanca, don García había llegado a «*calupniar*» a los *tomesinos*. Pero más que sus modales, e incluso que su rígida negativa a conceder la regiduría de que disponía «*para uno suyo*» a los candidatos propuestos por el bando de Santo Tomé, lo que en verdad les preocupaba de la actitud del conde era su imperturbable voluntad de que el oficio en cuestión no recayese sino en la persona del doctor Talavera: un advenedizo —le reprochaban— que hacía cinco años ni siquiera vivía en Salamanca, y a quien en todo ese tiempo don García había venido proporcionando, amén de la cátedra y las rentas de otra que sabemos, mercedes en forma de juros sobre las rentas de la ciudad por un valor superior a cien mil maravedís. Con todo, el mayor motivo de agravio que entonces adujeron los *tomesinos*, era que el conde tratase de justificar la designación del doctor Talavera en los «*grandes cargos*» que abiertamente reconocía tener de él¹³.

La gratitud, la generosidad en la retribución de los servicios prestados, constituía sin duda para el conde de Alba, al igual que para cualquier hombre de su tiempo, un referente inequívoco de la calidad social, una virtud inherente a la condición de caballero y, en suma, una exigencia moral que entroncaba con los principios vertebradores del modelo entonces dominante de sociabilidad. Pero, por eso mismo, en su versión más práctica se trataba también de un arma política de primer orden. Básicamente, porque su ejercicio poseía una intrínseca capacidad reproductiva. Al fin y al cabo, la condición de amigos o aliados, como la que por ejemplo exhibían el conde de Alba y el doctor Talavera, no venía a sustentarse sino sobre una reciprocidad creciente de favores que determinase la cuota efectiva de su mutua lealtad. No tanto, pues, como liquidar deudas, la decisiva intervención de don García para el ingreso del doctor Talavera en el colegio de regidores salmantinos, suponía la *inversión* en fiabilidad y eficacia que el conde entendía precisar en su propósito de controlar de modo más estable y efectivo la política urbana salmantina. No en vano, un regimiento, especialmente de una ciudad con voto en cortes, era por entonces un premio que podía saldar con creces los servicios de toda una vida, y, sin embargo, al conde de Alba no terminaba de parecerle suficiente.

Pudiera justificarse simplemente por los servicios que venía desempeñando en la corte, pero cuesta creer que merced regia tan distintivamente magnánima como la que apenas un año después había de recibir el doctor Talavera, hubiera sido posible completamente al margen, si no de la intervención directa, al menos de la expresa voluntad del principal valedor político del monarca y su distinguido beneficiario. Más que nada, porque dicha concesión daba tanta satisfacción a los intereses políticos del conde en Salamanca como a las expectativas del doctor Talavera. Y es que mediante cédula de noviembre de 1473, al

¹³ Puede verse el contenido íntegro de ambas cartas en A. VACA LORENZO, ««Los bandos...»», pp. 444-448.

regimiento obtenido por éste meses antes se le confería carácter vitalicio, y, sobre todo, la posibilidad de renunciar al mismo sin necesidad de licencia regia, de que lo pudiese servir en sustitución del doctor cualquiera de sus hijos o la persona que aquel designase, así como la imposibilidad de que vacase, puesto que a la muerte de su titular quedaba prescrito que pasase directamente a poder de su heredero. Con más que menos dificultades, es cierto, no faltaban regidores —los más poderosos, generalmente— que llegaban a disfrutar en la práctica de alguna de estas condiciones. Ahora bien, la legítima y excepcional concesión de todas ellas al doctor Talavera le señalaba de manera inequívoca como al hombre de máxima confianza regia en el consistorio salmantino, lo que a su vez había de conferirle dentro del mismo una posición de absoluta preeminencia. El de Alba, ya con título de duque desde fines de 1472, había dado un paso trascendental en la consecución de un viejo proyecto político.

No corrían tiempos de celebraciones, sin embargo. Meses más tarde moría Enrique IV y la inestabilidad política del reino exigía una vez más tomar partido. El duque de Alba lo haría bien temprano por Isabel y Fernando, con quien es sabido llegaría a trabar una estrecha y duradera amistad a la que, tal y como cabía esperar de su inquebrantable lealtad al duque, se sumaría de inmediato el doctor Talavera. Sería también poco lo que tardarían en llegarle los frutos más visibles de su afinidad personal a los nuevos monarcas. En efecto, el 8 de enero de 1475, veinte días después de ser coronada doña Isabel, el doctor Talavera era nombrado miembro estable de su Consejo Real¹⁴. Fue por esas o muy cercanas fechas cuando comenzaría a decirse de él que era hombre:

*«de tan soberanas gracias y habilidad, que rey y reyna y reyno gobernava y todas las grandes cosas del Consejo secreto y del publico y de la justicia por la sola mano deste pasavan, que tan grande fue la confiança que dél se ovo, que el rey y reyna non firmavan provisión, nin carta, nin privilegio si antes no venia señalada de mano deste dotor»*¹⁵.

Pero igual que le sucediera al duque de Alba, al poco de tratar con él los Reyes Católicos debieron entender que el talento político del doctor Talavera podía también explotarse en el gobierno de los distintos territorios del reino. Así, en febrero de ese mismo año era nombrado corregidor de Vizcaya¹⁶, aunque no residiría mucho en aquella plaza, puesto que por el mes de abril se encontraba ya en Salamanca procurando atraer a la causa de Isabel y Fernando a su viejo amigo mosén Juan de Sotomayor¹⁷.

Lógicamente, la muerte de Enrique IV y la consiguiente polarización de las lealtades políticas, urgían al doctor Talavera a recomponer las bases de su preeminencia en el consistorio salmantino. Dentro o fuera del mismo, todo apoyo en la ciudad se presumía indispensable, especialmente, desde que la entrada en el reino de tropas portuguesas revelase a Salamanca como un emplazamiento vital para el desarrollo de la guerra civil. Contaba, sin embargo, con que su presencia en el Consejo de los legítimos soberanos le confería el rango político preciso para aglutinar en torno a su persona a los seguidores de su partido en la ciudad. Para el doctor Talavera, pues, la primavera de 1475 se convertiría en un período de intensa actividad en la congregación de los suficientes apoyos políticos como para erigirse en el líder indiscutible de los partidarios de los Reyes Católicos en Salamanca. Y después del 27 de mayo, ya nadie podría dudar que lo era. Aquel día, a la cabeza y como

¹⁴ AGS. RGS, 8 de enero de 1475, fol. 49.

¹⁵ *Crónica Incompleta de los Reyes católicos (1469-1476)*, Madrid, 1934, pp. 139-140.

¹⁶ AGS. RGS, 16 de febrero de 1475, fol. 153.

¹⁷ *Crónica Incompleta...*, p. 286.

portavoz de una comitiva que incluía al consistorio en pleno, había sido el encargado de recibir en nombre de toda la ciudad al rey don Fernando a su llegada a Salamanca¹⁸. En noviembre, los propios monarcas se encargarían de ratificarlo confirmando aquellas extraordinarias condiciones que otorgara Enrique IV a su regimiento¹⁹.

Claro que, según cabía por lo demás sospechar de quien apenas tres años atrás era todavía considerado un advenedizo en política local, el doctor Talavera no habría estado actuando solo. No en balde, la afinidad personal del doctor con los nuevos monarcas no había comenzado a cimentarse sino merced al patrocinio de don García, sin el cual, por otra parte, en modo alguno parecía posible el rápido encumbramiento efectivo, que no sólo institucional, del de Talavera en el entorno salmantino. Sin contactos personales que le respaldasen a la hora de la verdad, las cédulas de poco servían. Y era precisamente en las nuevas alianzas que comenzó entonces a trabar el doctor Talavera, como en las que seguiría extendiendo durante mucho tiempo después, donde más nítidamente podía distinguirse la solapada mano del duque de Alba.

Amén de su antigua amistad, las delicadas circunstancias de la primavera de 1475 sugerirían al doctor la conveniencia de apoyarse en *mosén* Juan de Sotomayor, una figura turbulenta que había llegado a alcanzar una considerable relevancia durante las sucesivas crisis políticas de la segunda mitad del siglo XV²⁰. No obstante, en aquella decisión hubo también de pesar el hecho de que *mosén* Juan viniese por entonces actuando a favor de don Alonso Enríquez²¹, un regidor salmantino que, pese a pertenecer al bando de San Benito, hacía algún tiempo que estaba al servicio de la casa de Alba²². Ello indicaría, por un lado, hasta qué punto la adscripción banderiza, en tanto que instrumento canalizador de la vida política local, atravesaba ya por una crisis que se tornaba irreversible en la medida que tomaba cuerpo un firme liderazgo político, como el que comenzaba a fraguar el doctor Talavera, articulado sobre la base de alineamientos de naturaleza más personal que corporativa. Pero, por otro lado, también que el patrocinio del duque de Alba estimuló el contacto personal y la consiguiente cooperación política, aunque a distinto nivel, entre sus servidores. Y lo cierto es que, justo desde aquel momento, don Alonso Enríquez se convertiría en la mano derecha del doctor Talavera en Salamanca, lo que con el tiempo daría lugar a que entre ambos se forjase un vínculo de amistad y alianza política tan sólido y estable, que acabaría por transmitirse no sólo a sus respectivos hijos, sino también a unos nietos que, se recordará, habían de encabezar juntos la rebelión comunera en la ciudad²³.

Y si, como igualmente veíamos, el deán don Juan Pereyra, el mozo, estuvo con éstos al frente de los comuneros salmantinos, se debía en buena manera a que había venido asimismo a heredar la estrecha relación de amistad y colaboración política que su padre, el también deán de la ciudad, don Juan Pereyra, el viejo, mantuvo con el doctor Talavera. Aunque nunca es fácil de precisar el origen de tales vínculos, parece más que probable que

¹⁸ AHMS. R/ 166.

¹⁹ V. BELTRÁN DE HEREDIA., *Cartulario de la Universidad de Salamanca*, Salamanca, 1970, II, pp. 111-113.

²⁰ Sobre la figura y actividad política de *mosén* Juan de Sotomayor, véase E. COOPER., *Castillos señoriales en la Corona de Castilla de los siglos XV y XVI*, Salamanca, 1991, pp. 247-252.

²¹ *Crónica Incompleta...*, p. 287.

²² A. VACA. y J. A. BONILLA., *Salamanca en la documentación medieval de la Casa de Alba*, Salamanca, 1989, pp. 164-165.

²³ Sobre la intensa relación de los Maldonado de Talavera y los Enríquez a través del tiempo, véase, por ejemplo, AGS. RGS, 10 de abril de 1492, fol. 76, 13 de octubre de 1503 y 31 de julio de 1510; *Cámara-Pueblos*, leg. 16, s.f. (4 de junio de 1507); CR, leg. 32, fol. 15; y ARCHV, Pleitos Civiles, Pérez Alonso -F-C. 606-1.

el deán viejo y el de Talavera hubieron de entrar en contacto a través de don Alonso Enríquez, cuyo primogénito había casado con la mayor de las sobrinas de aquél, doña María de Sotomayor, que lo era a su vez de *mosén* Juan de Sotomayor. Aquel matrimonio se había estipulado sobre la base de un interés compartido por fusionar dos considerables mayorazgos, pero también en un clima de afinidad personal entre quienes lo concertaron, don Alonso Enríquez y don Juan Pereyra, el viejo, definido por su mutua adscripción a la casa de Alba, bajo cuyo patrocinio labraban tanto el deán viejo como su hijo la privilegiada posición que alcanzaron en la Iglesia salmantina²⁴.

En realidad, los principales lazos personales en base a los que se fue articulando la valía del doctor Talavera en Salamanca y materializaban su preeminencia efectiva en la ciudad, manifestaban por lo general una procedencia que remitía tan inequívocamente al entorno doméstico del duque de Alba que podían considerarse reproducidos a través de su propia amistad, de un vínculo cuyo desarrollo cotidiano estaba inevitablemente llamado a generar de manera sistemática nuevas relaciones. Su acostamiento en la casa de Alba, por ejemplo, había llevado a los Pereyra y los Enríquez no sólo a emparentar, sino también a compartir la amistad del doctor Talavera. No era, ni mucho menos, un caso aislado. Pero Bonal, regidor salmantino de mediana hacienda, debía su prestigio político en la ciudad a que sus convecinos le sabían «*yntimo amygo*» del duque de Alba, quien le nombró corregidor de su villa de Salvatierra de Tormes. No debió pues ser casualidad que casase a su primogénito con doña Aldonza de Sotomayor, la hermana menor de aquella doña María cuya boda veíamos entroncar a las familias del deán y don Alonso Enríquez²⁵. Por lo que tampoco podía ser simple casualidad que Pero Bonal acabase con el tiempo tornándose en uno de los más fieles y decididos aliados políticos del doctor Talavera dentro y fuera del consistorio salmantino, como luego de su nieto y heredero hasta el punto de involucrarse activamente en la revuelta de las Comunidades²⁶.

Aunque indirectamente, también la familia del doctor Talavera llegaría a entroncar con la casa de Alba, una vez renovada con don Fadrique Álvarez de Toledo, nuevo titular del ducado desde 1488, la vieja amistad que había mantenido con don García. Pues en 1494 el hijo mayor del doctor, el comendador Arias Maldonado, casaba con la hija del señor de Tavera, convirtiéndose en cuñado de don Hernando de Toledo, comendador mayor de León y hermano de don Fadrique²⁷. Al servicio de este último, desde antes incluso que fuese duque, estaba Diego de Guzmán, el viejo, con quien el doctor Talavera trabó una buena amistad desde que se intercambiaron ciertos juros que don Fadrique les otorgó en merced, y que acabaría concretándose en la boda de doña Aldonza Maldonado, hija del doctor, y el primogénito de aquél, Diego de Guzmán, el mozo, a quien su suegro tendría por incondicional aliado en el consistorio salmantino desde que poco después le consiguiese un regimiento de aquella ciudad por el módico precio de 200.000 maravedíes. Por eso fue que años más tarde, cuando los líderes de la *comunidad* salmantina hubieron de enviar

²⁴ Respecto a los vínculos de los Pereyra y el duque de Alba, véase ACA. C. 21-14; A. VACA y J.A. BONILLA., *Salamanca...*, pp. 373-376; Duque de BERWICK y ALBA, *Documentos escogidos de la Casa de Alba*, Madrid, 1891, pp. 43-54; y AGS. RGS, 27 de agosto de 1514. Y asimismo, sobre las relaciones de ambos deanes con el doctor Talavera y sus herederos, ACS. C. 79, leg. 2, núm. 9; Ibid., *Actas Capitulares*, lib. 26, fol. 129v; ARCHV, Pleitos Civiles, Zarandona y Wallis, -OLV- C. 1486-6; e Ibid., Quevedo -F- C. 624-1.

²⁵ AGS. CR, leg. 82, fol. 10, y leg. 87, fol. 5; ARCHV, Pleitos Civiles, Taboada -F- C. 472-1 y 1247-1.

²⁶ AGS. RGS, 13 de enero de 1506, 4 de octubre de 1515 y 28 de julio de 1521; ARCHV, Pleitos Civiles, Quevedo -F- C. 25-1 y 210-1.

²⁷ G. FERNÁNDEZ DE OVIEDO., *Batallas y quinquagenas*, pp. 330-333 y 412-413.

representantes a la Santa Junta de Ávila, de Tordesillas y luego de Valladolid, elegirían invariablemente como procurador a Diego de Guzmán, el mozo²⁸.

Pero el matrimonio de su hija con Guzmán era sólo un hito más de la estrategia meticulosamente desplegada por el doctor Talavera para consolidar su poder en la ciudad mediante alianzas matrimoniales que le permitiesen, por una parte, incorporar suculentos mayorazgos –preferentemente de carácter jurisdiccional– al patrimonio familiar, y, por otra parte, nutrir el consistorio salmantino del mayor número de regidores afines. Entre sus principales objetivos, por tanto, había necesariamente de contarse el parentesco con la familia de Juan Arias Maldonado, uno de los regidores más influyentes de Salamanca y titular del rico señorío de El Maderal. En 1490 tenía lugar la boda entre la hermana de éste y Gonzalo Maldonado, hijo mayor del de Talavera y regidor a la sazón de la ciudad, aunque su temprana muerte vino a truncar su descendencia y, momentáneamente, los planes del doctor. No obstante, en aquella vinculación familiar concurrían demasiados intereses como para que no llegara finalmente a consumarse, y, sobre todo, un factor que volvería resultar nuevamente determinante, esto es, el hecho de que Juan Arias Maldonado estuviese desde antiguo vinculado al servicio de la casa de Alba²⁹. Así, la muerte en 1493 de Catalina Bonal, hermana de Pero Bonal y primera esposa de Juan Arias Maldonado, permitió que su afinidad con el de Talavera quedara sancionada mediante su matrimonio con la hija menor del doctor, que al año siguiente alumbraría a Francisco Maldonado, uno de los regidores salmantinos política y personalmente más comprometidos con la facción que lideró su abuelo hasta que fue decapitado en el cadalso de Villalar³⁰.

Y fue también a través de su nieto Francisco que el doctor Talavera vino a emparentar con un viejo camarada de la corte, el doctor Hernán Álvarez Abarca, médico personal de Isabel la Católica y designado posteriormente por Fernando más para informarle que cuidar de la salud de la reina doña Juana; el cual, poco después que Francisco Maldonado casase en 1512 con su única hija, accedería al regimiento salmantino gracias al decidido apoyo del de Talavera³¹. No en vano, su posición preeminente en Salamanca se fue asimismo construyendo sobre la reproducción en el espacio urbano de vínculos personales que había mantenido en la corte. Antes de morir en 1517, el doctor Talavera consiguió inscribir en el colegio de regidores salmantino e integrar en el entramado relacional de la *valía* que lideraba, a Francisco de Gricio³² y a Antonio Fernández³³, hijos de dos de sus viejos colaboradores en la corte como habían sido el secretario Gaspar de Gricio y el licenciado Alonso Fernández de Guadalupe, respectivamente.

Con todos estos principalmente, pero también con tantos otros cuya mención desbordaría los límites de este modesto trabajo, la facción articulada en torno a la figura del doctor Talavera se constituyó en el resorte más efectivo de vertebración del espacio de poder

²⁸ ARCHV, Pleitos Civiles, Lapuerta –F– C. 379-1 y Taboada –F– (s.c.) leg. 139, núm. 1388; ACS. C. 5, leg. 3, núm. 3; AGS. PR, leg. 3, fol. 104 y leg. 4, fol. 35; Cédulas, lib. 50, fol. 198v; y RGS, 9 de noviembre de 1521.

²⁹ M. VILLAR Y MACÍAS., *Historia de Salamanca*, Salamanca, 1973, V, p. 169.

³⁰ ARCHV, Pleitos Civiles, Pérez Alonso –F– C. 653-1.

³¹ N. ALONSO CORTÉS., “«Dos médicos de los Reyes Católicos»”, *Hispania*, XLV (1951) pp. 607-657; A. GALLEGO DE MIGUEL., *Los doctores de la Reina y su casa en Salamanca*, Salamanca, 1972, pp. 30-36; AGS. RGS, 6 de junio de 1513; y ARCHV, Pleitos Civiles, Alonso Rodríguez –F– C. 1215-3.

³² AHPS, Protocolos, Pero González, leg. 2918, fol. 667; AGS, CMC, 1ª época, leg. 380; ARCHV, Reales Ejecutorias, C. 413-77 y Pleitos Civiles, Pérez Alonso –F– C. 1473-1.

³³ D. CLEMENCÍN., *Elogio de la Reina Católica doña Isabel*, Madrid, 1820, pp. 365-369; A. MATILLA TASCÓN., *Declaratorias de los reyes Católicos sobre reducción de juro y otras mercedes*, Madrid, 1952, pp. 152-153; y AGS. RGS, 3 de abril de 1498, fol. 212, 21 de abril de 1505 y 4 de abril de 1514.

salmantino con el que contó la Monarquía, al menos, mientras estuvo encarnada en las personas de Isabel y Fernando. Pues a medida que fue declinando la estrella política de éste, la preeminencia en aquel espacio urbano dependió cada vez más de la incesante pugna entre la *valía* del doctor Talavera, que la defendía, y la encabezada por el arzobispo de Santiago en favor primero del rey Felipe y más tarde de su hijo Carlos, y que no había de resolverse definitivamente hasta concluida la guerra de las Comunidades.

2. *¿Un sistema de poder?*

Tan evidente como la tendencia de la historiografía más reciente a concretar el poder en torno a relaciones de naturaleza personal, resulta sin duda la insuficiencia hermenéutica de su sola descripción respecto a las formas que históricamente determina su ejercicio. Más allá de lo anecdótico, reproducir parcialmente el entramado de vínculos que concurrieron en la vertebración del espacio de poder salmantino en el tránsito de los siglos XV y XVI, no trataría precisamente sino de introducir una propuesta de avance para un conocimiento histórico más global del poder, inspirada en la conveniencia de profundizar en el análisis de los criterios que definen la insoslayable interacción entre dichos lazos y las hechuras institucionales de diverso tipo que contribuyen a estructurar. Proceso de interacción cuyos factores más significativos entiendo se congregan paradigmáticamente alrededor de modelos específicos de conducta, que son los que en última instancia orientan la forma y desarrollo de las distintas estructuras en que se materializa históricamente el poder. Desde esta perspectiva, el objeto de estas páginas apunta hacia el análisis de los efectos de poder que concurren en el interior mismo de los vínculos personales, en la propia dinámica vertebradora de los patrones dominantes de comportamiento coetáneo, para posteriormente someter a reflexión, en íntimo contacto con la realidad histórica que nos ocupa, el alcance de su viabilidad en tanto que criterios de comprensión de los procesos de configuración y articulación de aquellas estructuras, así como de los espacios de poder que determina su evolución.

Ahora bien, es obvio que planteamiento semejante precisa partir preliminarmente de una idea más o menos definida sobre el poder en torno a la que habrá de articularse, aspecto sobre el que paradójicamente menor interés parece haber mostrado³⁴ una fructífera corriente historiográfica, la llamada *historia del poder*, que aborda la comprensión de las sociedades pasadas a través justamente de las manifestaciones de su ejercicio. Y en cierto modo es comprensible, dado que puede considerarse ocioso, cuando no absurdo, cuestionarse por lo evidente, por algo que la propia experiencia enseña cotidianamente cómo funciona y los efectos que produce. Se convendrá, sin embargo, en el riesgo de abordar análisis históricos sobre la base de convicciones particulares más o menos compartidas, especialmente cuando se han asumido en una realidad social que puede resultar apenas reconocible con aquella que se estudia. Riesgo, sobre todo, de imprecisión; más que nada, por las deficiencias interpretativas que de ésta pueden, y de hecho suelen, derivarse. Y es que en no pocos trabajos históricos presentados formalmente en clave de poder, la ausencia de reflexión en torno a su propio concepto acaba convirtiendo la idea del mismo –que aun sin hacerse explícita ha ineludiblemente de manejarse– en una entidad auto referente, circular y cuasi-tautológica, en la que la mera alusión a su concurso parece encarnar un criterio de

³⁴ Hay, naturalmente, excepciones, caso significativo del trabajo de M. HERNÁNDEZ, “Oligarquías: ¿con qué poder?”, en F. J. ARANDA PÉREZ (coord.), *Poderes “intermedios”, poderes “interpuestos”. Sociedad y oligarquías en la España Moderna*, Cuenca, 1999, pp. 15-48

elucidación implícita; también en todo punto abstracta e impersonal, como si no pudiera concretarse en procedimientos específicos traducibles en términos de comportamiento social; pero, fundamentalmente, accesoria, ajena, e incluso puede que contradictoria, en relación a los criterios efectivamente empleados en la explicación social propuesta.

Entiendo, por consiguiente, que la Historia ha de avanzar desde la reflexión de conceptos cardinales con los que trata de construir explicaciones, como lo es sin duda el poder, al menos mientras aquella siga planteándose su ejercicio como uno de los principales agentes vertebradores de las sociedades que estudia. En este quehacer, hay a mi juicio una responsabilidad con el propio presente que da sentido al estudio de las sociedades pretéritas, esto es, un compromiso de contribuir como historiadores a la construcción de conceptos trascendentales para nuestra actualidad, y más en el caso que nos ocupa, en el que la Historia está llamada a jugar un papel de primer orden por cuanto la misma noción esencial de poder remite inequívocamente siempre a una procedencia. Pero responsabilidad, también, con el pasado que trata de comprenderse, con la exigencia de su observación rigurosa, de contrastar sus componentes diferenciadores y, en definitiva, de incorporar los criterios de alteridad que lo definen. Y en esa tarea de pensar el poder al objeto de establecer cauces de comunicación entre sociedades a través del tiempo, de construir modelos de comprensión sobre materiales puramente históricos, una alternativa a la encrucijada metodológica en que se halla actualmente la historiografía entiendo asimismo que podría venir, mejor que de la mera reproducción de patrones ya caducos o procedentes de otras ciencias sociales, de la mano de la imaginación que sirva al menos para estimular la sana y necesaria discusión.

Sin otro propósito que éste, cabría pues formular una sucinta conceptualización, no del poder como fenómeno global, que se presume a todas luces inabarcable, sino de algunos de los procedimientos concretos en que puede observarse se materializaba socialmente de modo muy significativo en la época que tratamos. Precisamente en ella, y debido a esa significación social coetánea, es donde más fecundamente ha incidido la referida orientación historiográfica que viene concretando básicamente su ejercicio en torno a relaciones de naturaleza personal, asociándolo de manera más o menos expresa al hecho mismo de la sociabilidad, y entroncando, en suma, con una epistemología del poder que define su acepción más elemental como «un determinado aspecto de una relación humana, de cada una de las relaciones humanas»³⁵. Aspecto, naturalmente, que habrá de precisarse en torno a la circulación de beneficios sociales de orden material e inmaterial, que no sólo concurre en lo más íntimo de todo tipo de lazos personales, sino que además determina de manera específica una relación de dominación³⁶. Y ese modelo específico de circulación que convertiría un vínculo humano cualquiera en una relación de poder, estaría esencialmente definido por su carácter asimétrico, por la distribución desigual de los distintos beneficios que la articulan³⁷.

Así entendido, la aplicación metodológica de este efecto de poder, sin duda fundamental en los procesos de vertebración de formas de sociabilidad preindustriales, pasaría por concretarse en la proposición de un *modelo teórico*³⁸ que, a mi juicio, cabe formularse

³⁵ N. ELIAS., *Conocimiento y poder*, Madrid, 1994, p. 54.

³⁶ M. FOUCAULT., *Microfísica del poder*, Madrid, 1991, p. 182.

³⁷ J. PITT-RIVERS., *Los hombres de la sierra. Ensayo sociológico sobre un pueblo andaluz*, Barcelona, 1971.

³⁸ Esto es, un artificio intelectual elaborado desde la rigurosa observación de la realidad estudiada y con el único propósito de hacerla comprensible más allá de su mera descripción. M. BUNGE., *Teoría y Realidad*, Barcelona, 1972.

identificando plenamente dicho efecto con un *sistema de retroalimentación*. Esto es, un modelo sistémico de transmisión de los flujos de beneficios que determinan la relación entre un mínimo de dos individuos, caracterizado por una retroacción o reversión creciente de los mismos una vez procesados por parte de uno de dichos sujetos, estableciendo un circuito autorregulado cuya estructura y funcionamiento no se verían alterados por el número de individuos insertos en una secuencia relacional³⁹. Enunciado tan abstracto, y puede incluso que tan abstruso, no trata sin embargo de reflejar sino el «sentido práctico» que alentó la dinámica esencial de los patrones de sociabilidad que, en conjugación con unos valores culturales de naturaleza *antidoral*, se concretaron señaladamente durante la época que estudiamos en un modelo dominante de conducta y vertebración de formas ciertamente análogas de relación social que conocemos con los nombres de patronazgo y parentesco.

El sentido de identificar a un determinado sistema efectos de poder, por lo demás harto conocidos, es aportar elementos de reflexión en torno a la viabilidad analítica de algunos caracteres definitorios de aquél. En el caso de los fenómenos de retroalimentación, me interesa destacar principalmente la intrínseca propiedad o capacidad del sistema para autorregularse y, consiguientemente, de reproducirse al objeto de permanecer como tal, de perpetuarse. Se trata, pues, de aspectos de los que difícilmente podría prescindirse al plantearse una noción elemental del poder, y que trasladados a la propuesta anterior, aspiran a reflejar la reproducción tanto de los beneficios materiales e inmateriales que concurren en el interior de las relaciones como de su propia dinámica vertebradora y, a través de ésta, en suma, la reproducción de las relaciones mismas.

Era no en vano éste el fenómeno que más detenidamente venía a señalarse en el apartado anterior con respecto a los vínculos que articulaban la facción urbana liderada por el doctor Talavera; es decir, la capacidad «extensiva» que se observaba en dichas relaciones merced a un mismo modelo de conducta y a la circulación de idéntico tipo de beneficios sociales, y la consustancialidad, en definitiva, de los propios lazos por cuanto se prolongaban de acuerdo con unos mismos criterios vertebradores. A esta prolongación relacional, a la secuencia de vínculos como los que por ejemplo se desarrolló en torno al doctor Talavera y conformaba su *valía*, es a lo que denominó «extensiones de poder». Enunciado bajo el que se trata de recoger, según su significado lingüístico, el referido efecto «extensivo» de las relaciones personales, pero también, de acuerdo con la acepción propuesta desde la Lógica, el conjunto de individuos comprendidos en una línea. Porque son originalmente líneas lo que delimitan dichas secuencias relacionales, si bien, el incesante proceso reproductor operado en su seno acaba por generar una compleja urdimbre de las mismas que da lugar a formaciones de morfología reticular, efecto que la sociología expresa con el término metafórico de *redes sociales*.

De alguna manera, pues, los términos de extensión y red pudieran considerarse sinónimos, y nada más lejos de mi intención que pretender sustituir un concepto que tan profunda y fructuosamente ha arraigado en la historiografía actual. Antes al contrario, la idea de extensión aspira a contribuir desde la reflexión al enriquecimiento del empleo metodológico del concepto de red social, especialmente en terrenos como el político donde quizás mayores deficiencias analíticas evidencia. Así, por ejemplo, en la formulación de las extensiones la noción clave es la de reproducción. Ello que implica considerar la prolongación de los vínculos como resultado básicamente de un impulso que remite inequívocamente a una subjetividad influyente —tómese por caso el del doctor Talavera—

³⁹ Sobre el concepto y aplicación de los sistemas de retroalimentación, véase L. VON BERTALANFFY., *Teoría general de los sistemas*, Buenos Aires, 1976, pp. 42-46 y 155-158.

capaz de activar estratégicamente y, por eso, de determinar la coherencia, dirección y alcance de dicha secuencia relacional, a la que se prefiere denominar «extensión» atendiendo tanto a una segunda acepción lingüística que la considera una serie conectada a una centralita como a modelos de comportamiento, o actitudes, trascendentales para la comprensión del liderazgo político. Concepción puramente dinámica de su ejercicio que vendría a chocar frontalmente con el férreo estatismo inherente a la idea de «anclaje», mediante la que el concepto de red social trata de reflejar la posición preeminente de un individuo dentro de un complejo de relaciones⁴⁰.

Pero es en torno al caso que nos ocupa, la articulación de los espacios de poder, donde la noción de red presenta quizás una mayor limitación analítica debido a su incapacidad, o al menos su silencio, a la hora de aportar criterios de comprensión relativos al papel que pueden jugar las relaciones de poder en la configuración de aquellas dimensiones en que se concreta su ejercicio. Por eso, es también este aspecto hacia el que la idea de «extensión» trata fundamentalmente de orientar su declarada vocación hermenéutica, conforme al significado de capacidad para ocupar el espacio que de dicho concepto propone la Geometría⁴¹. No en vano, de acuerdo con un veterano postulado geográfico asumido hace ya tiempo por la historiografía, el espacio conviene ser considerado básicamente como una variable dependiente del ejercicio del poder⁴². Planteamiento que llevaría a considerar que todo espacio, pero muy en especial los denominados *espacios de poder*, vendrían siquiera en parte a definirse por los efectos de dominación que vertebran las relaciones de naturaleza personal y, en consecuencia, que la propia articulación de dichos espacios estaría determinada —al menos parcialmente, insisto— por la sistemática *extensión* de los vínculos mantenidos por los individuos, y sus actitudes, que habían de concurrir en ellos.

Esto es precisamente lo que se trata de ver; quiero decir, cómo el concepto de «extensión de poder» puede contribuir a explicar la transcendencia efectiva de las relaciones personales tanto en la vertebración de las instituciones, o espacios de poder delimitados formalmente por una disposición orgánica predeterminada, como en el sistema de articulación entre esos distintos espacios. Lo que pretenden las reflexiones precedentes, en otras palabras, es proponer una determinada coherencia a la explicación de ciertos fenómenos históricos que invitan a considerar a modo de hipótesis que la verdadera hechura, efectividad y alcance de las instituciones políticas, pero también su mutuo acoplamiento dentro de un patrón específico de gobierno, vendría de alguna manera determinado por la propia dinámica de las relaciones personales que entrafían. Y en definitiva, que el sistema vertebrador de las «extensiones de poder» constituyó, al menos en un momento muy concreto de su historia, uno de los subsistemas capitales del sistema de gobierno de la monarquía castellana sobre sus distintos territorios y, más en concreto, de la articulación de los espacios urbanos y cortesano.

⁴⁰ Particularmente a través del concepto de «anclaje», la noción de red (F. REQUENA SANTOS., “El concepto de red social”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 48 (1989) pp. 137-152) plantea la preeminencia en función exclusivamente de la posición ostentada por un individuo en un marco de relaciones, lo que significa prescindir de los modelos de comportamiento, imprescindibles para la comprensión de las sociedades, omitiendo de esta forma toda lectura sobre la procedencia de dicha posición, a la que de algún modo pretende contribuir el análisis de los patrones de comportamiento aquí tratado.

⁴¹ Las distintas acepciones del concepto de «extensión» manejadas proceden del *Diccionario de la Real Academia de la lengua Española*.

⁴² Véanse, por ejemplo, los trabajos de J. E. SÁNCHEZ., *Poder y Espacio*, Barcelona, 1979, y *La geografía y el espacio social del poder*, Barcelona, 1981.

3. «Extensiones» y espacios de poder.

Naturalmente, todo lo dicho en este último apartado carecería de sentido aislada de la concreta realidad que en alguna manera pretendería hacer comprensible. Claro que, tomando como referencia aquella misma realidad inicialmente descrita, ese imprescindible nexo resultaría fácilmente perceptible a través de la ya formulada, aunque de modo parcial, identificación entre una «extensión de poder» y la *valía* del doctor Talavera. Y sólo parcialmente, digo, porque el carácter invariable que con independencia de su mayor o menor prolongación se deriva de su concepción sistémica, implicaría comprender dentro de dicha «extensión de poder» a individuos en principio ajenos a aquella facción local, caso del duque de Alba e incluso de los propios monarcas; y más particularmente don Fernando, por haber mantenido con el de Talavera un vínculo, si no más estrecho, más duradero obviamente que con la reina Isabel. Pero más allá de la sola teoría, su inclusión se justificaría primordialmente porque la relación de ambos con el doctor Talavera se concretaba, según antes podíamos ver, en torno a un mismo modelo de comportamiento definido por la reciprocidad de favores; por una dinámica de sociabilidad, pero también política, vertebrada con arreglo a un intercambio de mercedes y servicios que determinó el grado efectivo de su mutua lealtad a través del tiempo y los distintos espacios en que vino a desarrollarse.

Por encima, que no al margen, de valores culturales de legitimación, era a través de este fenómeno que se materializaba la autoridad, el hecho de la dominación consustancial al mismo. Tal vez pueda parecer más evidente con respecto al vínculo entre el duque de Alba y el doctor Talavera, una relación arquetípica de patronazgo que para éste se traducía en poder, mensurable por lo demás en términos de influencia y riqueza. Pero poder, al fin y al cabo, que *retroalimentaba* el ostentado por el duque, pues la posición de preeminencia alcanzada por su leal servidor en Salamanca, pongamos por caso, se tomaba de inmediato en una capacidad propia de control sobre la ciudad. No entraré a valorar, aunque pudiera invitar a hacerlo una abundante literatura doctrinal coetánea, la posibilidad de considerar al monarca como un patrón en sentido estricto. Sin embargo, que muchos de los vínculos mantenidos con algunos de sus más preeminentes súbditos respondiesen a unos mismos criterios vertebradores, estaría sugiriendo que también algunas de las más señaladas formas en que se materializó su poder habían de resultar ciertamente similares. En este sentido, el principal argumento histórico que alberguen estas páginas será precisamente tratar de contrastar de manera muy escueta, y a la luz de algunas indagaciones todavía inconclusas, mi impresión de que al menos la soberanía de Fernando el Católico se hizo efectiva sobre el espacio salmantino mediante los vínculos que le unían al doctor Talavera y, a través de él, de algún modo también a quienes se incluían en la facción urbana que encabezaba.

Después de todo, ya fuese o no por falta de recursos, la Monarquía castellana, como tantas otras de su entorno, hubo de conferir en la práctica porciones de su autoridad a los dirigentes de unas entidades urbanas mejor capacitados para solventar, en el contacto directo con los pormenores cotidianos de su gestión, importantes parcelas gubernativas⁴³. Tengo mis dudas, sin embargo, sobre la conveniencia de expresar esta participación de los poderes urbanos en la administración del reino en términos de cesión o transferencia por parte de Corona cuando la mentalidad colectiva de aquel, manifestada abiertamente en 1518,

⁴³ Además del suyo, recogen algunos recientes planteamientos en sentido análogo J.-P. DEDIEU y Z. MOU-TOUKIAS., "Approche de la théorie des réseaux sociaux", en J. L. CASTELLANO y J.P. DEDIEU (dir.), *Réseaux, familles et pouvoirs dans le monde ibérique à la fin de l'Ancien Régime*, Paris, 1998, pp. 7-30.

consideraba al monarca su «mercenario». Entiendo, más bien, que el paulatino proceso de institucionalización de la soberanía que acabó consumándose posteriormente en la formación del Estado, venía por entonces progresando en clave de articulación de poderes periféricos, de integración⁴⁴ de los mismos sobre la conjugación de intereses con arreglo no tanto a una idea de pacto cuanto de mutua reciprocidad; es decir, de acuerdo con el principio de *do ut des*, que se concretaba en fórmulas de relación institucional⁴⁵, pero también, o fundamentalmente, a través de vínculos de naturaleza personal.

No en vano, hasta Jerónimo Castillo de Bovadilla, uno de los principales copartícipes doctrinales en aquel proceso de institucionalización de la soberanía regia, llegaría a reconocer que:

*«el imperio no le conserva el cetro, sino los muchos amigos ... que como pilares y columnas apoyen y sustenten su estado y crédito, sin lo qual no podrá tener prosperidad ni consistencia»*⁴⁶.

Era un poco lo que páginas atrás veíamos trataba de enseñar el Almirante de Castilla al propio Emperador en 1522. Y lo hacía desde su experiencia en asuntos de gobierno durante una época conflictiva, de reiteradas crisis sucesorias, en la que la propia identidad de los soberanos había estado en buena medida condicionada por los apoyos de que pudieron disponer en los distintos espacios del reino. En Salamanca, la defensa de las opciones políticas del rey don Fernando estuvo a cargo del doctor Talavera y sus aliados, que era a la postre una manera de conservar la posición de preeminencia de que gozaron en la ciudad mientras aquél tuvo en sus manos las riendas del gobierno del reino. Resulta fácil identificar aquella autoridad preeminente del doctor en Salamanca asociándola a la influencia que le confería su trato cercano con el monarca, los señalados cargos públicos que ostentó en la ciudad, y la compleja gama de alianzas urbanas que logró urdir en torno a su persona. Pero es preciso abordar la manera en que se concretó la autoridad del doctor Talavera y, a través de ésta, la soberanía del propio rey don Fernando sobre el entorno salmantino; esto es, las formas en que se materializaron, parcialmente y durante ese período, la articulación de al menos este preciso espacio de poder urbano y aquel concreto espacio de poder cortesano.

Obviamente, esta tarea requeriría un análisis de mayor profundidad que la que puede abarcarse en un trabajo de estas dimensiones. Lo que en éste se ofrece no son, pues, sino muy escuetas pinceladas sobre ciertos aspectos, más largamente desarrollados en otro estudio⁴⁷, con el único propósito de someterlos a consideración. Aspectos, en fin, que cabrían concretarse inicialmente en cómo el doctor Talavera de manera especial, aunque también algunos de sus más estrechos aliados, encarnaron desde 1475, y señaladamente en los momentos o asuntos más delicados, el cauce preferente de comunicación entre la ciudad de Salamanca y los principales centros de decisión cortesanos. Desde luego, la dignidad que le confería al doctor Talavera su condición de consejero le señalaba como el interlocutor más eficaz del consistorio que integraba, lo que naturalmente le había a su vez de permitir

⁴⁴ O. RAGGIO., *Faide e parentele. Lo stato genovese visto dalla Fontanabuona*, Torino, 1990.

⁴⁵ P. FERNÁNDEZ ALBALADEJO., *Fragmentos de Monarquía. Trabajos de historia política*, Madrid, 1992.

⁴⁶ *Política para corregidores y señores de vasallos en tiempo de paz y de guerra y para jueces eclesiásticos y seglares*, (Estudio preliminar por B. GONZÁLEZ ALONSO), Madrid, 1978, lib. III, cap. VII, t. II, p. 110.

⁴⁷ Me refiero a mi tesis doctoral, titulada *Poder y ciudad en la Castilla del primer Quinientos, Salamanca, 1493-1534*, y defendida el 27 de noviembre de 2001 en la facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Salamanca ante el tribunal compuesto por los profesores José Ignacio Fortea, Jaime Contreras, José Manuel de Bernardo Ares, Ángel Barrios y Baltasar Cuat, que le concedió unánimemente la máxima calificación.

influir en el sentido de las disposiciones reales. Pero aun mucho tiempo después de haber abandonado la corte, el ayuntamiento salmantino había de seguir prefiriéndole a él o a individuos de su entorno más cercano, incluyendo a numerosos representantes del común, para llevar a cabo las negociaciones pertinentes en la corte⁴⁸. Y no sólo el consistorio, sino también la Universidad y el cabildo catedralicio, e incluso corporaciones urbanas como el Estado de los Linajes de san Martín y San Benito, acudirían con relativa frecuencia al doctor Talavera para que actuase como su representase en la corte en solución de sus problemas más acuciantes⁴⁹.

Tanto por su trascendencia política como por los beneficios de diverso orden que generaba a los agentes que intervenían en ella, una de las principales vías de interlocución entre Monarquía y ciudades de Castilla fueron, evidentemente, las Cortes. Y en este sentido merecería la pena destacar también que la identidad de los procuradores salmantinos desde el acceso al trono de Fernando el Católico hasta su muerte, reflejaba un sistema efectivo de designación que trascendía de la equilibrada rotación que prescribían las ordenanzas de la ciudad, para tomar realmente cuerpo en torno a criterios de adscripción a las facciones que vertebraron la política local. Entre 1476 y 1500, por ejemplo, abundan entre los representantes de Salamanca nombres inequívocamente vinculados a la valía del doctor Talavera, caso de Juan Pereyra (1476) y Diego de Anaya (1498), parientes cercanos del deán⁵⁰, o como Cristóbal de Villafañe (1480), Alonso Portocarrero (1499-1500) y Juan de Villafuerte (1498 y 1499-1500), aliados incondicionales del propio doctor⁵¹. Coincidiendo con su salida del Consejo Real y su regreso definitivo a Salamanca, es a partir de aquella última fecha, en que resultaba ya palpable la tensión política que se tornó en verdadera crisis con muerte de la reina doña Isabel, cuando más parecen coincidir los intereses del doctor Talavera y Fernando el Católico por contar en las Cortes con delegados afines⁵².

Así, en la convocatoria de 1502-1503 Salamanca estaría representada por Juan Arias Maldonado, yerno como sabemos del doctor, y Lorenzo de Paz, cuñado de aquél⁵³. Y en las trascendentales cortes de Toro de 1505, junto a su pariente Juan Álvarez Maldonado, había de ser el propio doctor Talavera quien encarnase la voz de la ciudad. Un año después, serían curiosamente dos de los más destacados miembros de la facción contraria, don Alonso de Acevedo—sobrino del arzobispo de Santiago, que la encabezaba— y Juan de Texeda, quienes acudiesen a las Cortes que coronaron rey a Felipe I. Por el contrario, desde el regreso de don

⁴⁸ Algunos de los ejemplos más significativos a este respecto, imposibles de pormenorizar aquí como convendría, pueden verse en AGS, Cámara-Memoriales, leg. 115, fols. 14 y 234, y leg. 118, fol. 236; Cámara-Pueblos, leg. 16, s.f. (13 de septiembre de 1502, 18 de agosto de 1507, 8 de marzo de 1510 y 7 de enero de 1514); CR, leg. 678, fol. 19 y leg. 72, fol. 10; y RGS, 25 de junio de 1476, fol. 415, 16 de febrero de 1485, fol. 275, 1 de abril de 1490, fol. 107, 14 de octubre de 1504, 26 de septiembre de 1509; 11 de diciembre de 1512 y 6 de marzo de 1515.

⁴⁹ Véase igualmente a modo de simple muestra, F. MARCOS RODRÍGUEZ., *Extractos de los libros de claustros...*, pp. 215-224; ACS, C. 17, fol. 1, núm. 25; y AGS, Diversos de Castilla, leg. 10, fol. 36, respectivamente.

⁵⁰ E. COOPER., *Castillos...*, p. 249.

⁵¹ Sobre los vínculos de estos tres últimos con el doctor Talavera, véase ARCHV, Pleitos Civiles, Fernando Alonso—F— C. 1743-1; Ibid., Reales Ejecutorias C. 401-2; y AGS, RGS, 6 de febrero de 1515, respectivamente.

⁵² A la capacidad efectiva de la Corona para mediatizar la designación de los procuradores, se ha referido J. M. CARRETERO ZAMORA., *Cortes, Monarquía y ciudades. Las Cortes de Castilla al comienzo de la Edad Moderna*, Madrid, 1988; trabajo, junto con la publicación de las *Cortes de los antiguos reinos de León y Castilla*, Madrid, 1882-1989, que permite por lo demás reconstruir la identidad de los procuradores de cortes salmantinos en las fechas tratadas.

⁵³ ARCHV, Pleitos Civiles, Taboada—F— C. 472-1.

Fernando a las tareas de gobierno, las procuraciones salmantinas aparecerán copadas por nombres bien conocidos como Cristóbal de Villafañe y otro de los yernos del doctor, Diego de Guzmán. Ya en 1515, la creciente influencia en la corte de los adeptos al futuro Carlos V se dejaría asimismo ver en la designación de los procuradores salmantinos, don Alonso de Acevedo y Alonso Rodríguez de Fonseca, su sobrino, que repetiría en 1518 junto a Pedro de Anaya, otro activo secuaz del prelado compostelano⁵⁴. En 1520, sin embargo, fue su compromiso de no otorgar el servicio que el recién electo Emperador solicitaba, lo que erigió a don Pedro Maldonado Pimentel en representante de Salamanca en las conflictivas Cortes de Galicia junto a un viejo amigo de su casa, Antonio Fernández, aunque tanto al futuro líder de la *comunidad* salmantina como a su compañero había de serles prohibido el acceso a las sesiones.

No hará falta insistir en que este modelo de relación, este canal de comunicación entre ciudad y corte, encarnaba coetáneamente una de las primordiales vías de acción política, y no más que por constituir un cauce de circulación de importantes beneficios materiales, pues era asimismo obvio que las Cortes se convocaban desde el ánimo regio de obtener ingresos en forma de servicios. A cambio de concesiones políticas a las ciudades, claro está, dentro de las cuales habría que destacar su participación en la gestión de aquella fiscalidad, tal y como por ejemplo quedó de manifiesto en la convocatoria de 1523, en que la concesión del servicio estuvo vinculada, tras una dura negociación, al compromiso del monarca de ceder su recaudación a los procuradores⁵⁵. Pero más que un logro de las ciudades, aquella medida venía básicamente a reconocer y sancionar una vieja costumbre de la dinámica parlamentaria, cuyo significado político entroncaba nuevamente con la identidad de los representantes urbanos.

Y es que tanto siquiera como su actitud durante las sesiones, el interés de la Corona por mediatizar la designación de procuradores, apuntaba hacia la fiabilidad del sistema recaudatorio de los servicios, dentro de la cual, la confianza de la vinculación personal había una vez más de mostrarse como un agente cardinal. Pues hay abundantes testimonios de que los procuradores en Cortes, al menos los salmantinos del primer Quinientos, solían delegar la responsabilidad de la recaudación a sus más afectos servidores, quienes a su vez distribuían entre individuos de aquel mismo entorno la percepción material del servicio⁵⁶. De este modo, la concatenación de lealtades personales se constituía materialmente en cauce de transmisión de beneficios que revertían en última instancia a la Monarquía, pero, en alguna medida, también a quienes participaban de forma concreta en su proceso de circulación.

Claro que este modelo recaudatorio nada tenía de excepcional, más que nada, porque tampoco lo tenía la actitud mostrada por los procuradores. Antes al contrario, pudiera decirse que éstos se limitaban simplemente a reproducir aquellos procedimientos que, en su calidad de regidores, solían desplegar desde el consistorio en materia fiscal, aunque no sólo, obviamente. El ayuntamiento salmantino, como casi todos los de su entorno al fin y al cabo, tenía por estas fechas una experiencia acumulada de siglos quizás en proveer los oficios menores del concejo, y particularmente la percepción de impuestos municipales, entre su servidumbre, parientes cercanos, o individuos de solvencia vinculados de forma más o

⁵⁴ Ibid., Pérez Alonso -F- C. 606-1, y AGS. RGS, 21 de octubre de 1514.

⁵⁵ AGS. RGS, 27 de octubre de 1524.

⁵⁶ Para el caso concreto de Salamanca y la recaudación de los servicios de 1512, 1515 y 1518, más detalladamente descritos, puede verse AHPS, Protocolos, Pero González, leg. 2911, fols. 512, 621 y 623, y leg. 2914, fol. 321; AHMS, R/242; ARCHV, Reales Ejecutorias, C. 345-4; AGS. CR, leg. 134, fol. 2; Ibid., RGS, 30 de agosto de 1521, 31 de mayo de 1522 y 21 de junio de 1527.

menos directa a sus casas⁵⁷. Costumbre, era de prever, que no habían de alterar en aquellas parcelas de la fiscalidad regia a las que tuvieron acceso, máxime cuando los receptores por ejemplo de las alcabalas y tercias nombrados por la Corona mantenían curiosamente estrechos vínculos con los líderes o miembros más destacados de las facciones locales⁵⁸. La identidad los arrendadores, en buena lógica, no había por lo general de corresponder sino con la de personajes adscritos personalmente a aquellos⁵⁹.

Pero además de la cobranza, la mediatización del desarrollo efectivo de la fiscalidad regia operada en función de dinámicas faccionales urbanas, se manifestaba asimismo en la propia distribución de las cargas. La posición de preeminencia que mientras vivió Fernando el Católico ostentó el doctor Talavera en el consistorio salmantino merced al liderazgo de la *valía* que congregaba a sus partidarios, determinó, por ejemplo, que entre 1511 y 1517 muchos lugares en que estaban mayormente heredados sus principales adversarios de la ciudad, hubiesen de soportar una mayor presión fiscal que otros concejos del alfoz⁶⁰. Otros lugares, sin embargo, serían aliviados en atención a los vínculos personales que los oligarcas villanos tenían contraidos con destacados regidores de la parcialidad a la sazón dominante. Lo denunciaron así los «*vecinos pobres*» de Cantalpino, concejo de la tierra de Salamanca, entre un cúmulo de acusaciones de corrupción contra los regidores del lugar, aunque hubieron de esperar para hacerlo hasta 1525 por las muchas trabas que algunos corregidores y el regimiento de Salamanca, y más tarde los propios dirigentes villanos, les pusieron para evitar que sus quejas llegaran a la corte⁶¹.

La denunciada actuación los corregidores podía haberse debido a un comprensible intento por no ser acusados de dejación de sus funciones, por excusar conflictos con los siempre nada dóciles regidores salmantinos o, simplemente, porque podía estar obedeciendo a la misma lógica que definió el comportamiento de los ediles tanto de la ciudad como del concejo villano. No puede generar ningún tipo de duda que la actuación de los corregidores respondía infaliblemente a los dictados de la corte, pues en tanto que su delegado directo, encarnaba la soberanía misma de los monarcas en las ciudades. No obstante, y de acuerdo con el sentido que trata de albergar estas páginas, cabría, porque siempre ha de haber, cuestionarse sobre los verdaderos términos en que, también a través de la figura del corregidor, se materializaba efectivamente el ejercicio de soberanía. Plantearlos, como aquí se ha hecho, preferentemente en función de dinámica relacional que articulaba una determinada facción urbana, precisaría por tanto una respuesta coherente sobre las

⁵⁷ Algunos casos particularmente ilustrativos al respecto, pueden encontrarse en AGS. RGS, 21 de octubre de 1513; ARCHV, Pleitos Civiles, Pérez Alonso –F– C. 1292-1, o Lapuerta –F– C. 255-2.

⁵⁸ En 1514, pongamos por caso, lo fue Pedro Gómez de Cabrera (AGS. RGS, 11 de enero de 1514), muy vinculado con don Alonso Enríquez (Ibid., 20 de julio de 1508), principal aliado como sabemos del doctor Talavera en la ciudad. De 1518 a 1523, por el contrario, el receptor sería Hernán Álvarez de Villareal, (Ibid., PR, leg. 5, fol. 71) criado de Cristóbal Suárez (ARCHV, Pleitos Civiles, Quevedo –F– C. 25-1), contador de relaciones y regidor salmantino al servicio del arzobispo de Santiago (M. SENDÍN CALABUIG., *El Colegio mayor del Arzobispo Fonseca en Salamanca*, Salamanca, 1977, pp. 37-39).

⁵⁹ Son abundantes los testimonios que acreditan, por ejemplo, que entre la servidumbre del doctor Talavera se hallaron numerosos arrendadores de alcabalas en Salamanca entre 1489 y 1515. Una muestra de los mismos, podría verse en AHPS, Protocolos, Pero González, leg. 2910, fol. 509, leg. 2913, fol. 508, leg. 2916, fols. 692 y 761 y leg. 2917, fol. 5; AGS. RGS, 22 de abril de 1509 y 9 de julio de 1512; y ARCHV, Pleitos Civiles, Zarandona y Walls –OLV– C. 1298-2.

⁶⁰ Las denuncias elevadas a la corte, pueden verse en AGS. RGS 27 de marzo de 1515 y 15 de marzo de 1518. Conviene precisas, sin embargo, que tras la muerte del doctor Talavera, que dio lugar al predominio político de sus adversarios, idénticas denuncias comenzarían a ser hechas precisamente tanto por sus herederos como sus viejos aliados (Ibid., 23 de noviembre de 1519, 6 de junio de 1520 y (s.d.) febrero de 1522).

⁶¹ AGS. RGS, 18 de noviembre de 1525 y ARCHV, Pleitos Civiles, Moreno –F– C. 1531-1.

relaciones entre los corregidores y los miembros de aquélla. He de reconocer, sin embargo, que no la tengo, o al menos, que carezco de los datos que precisaría para ofrecerla con el rigor que es menester. Pero cualquiera que haya de ser dicha respuesta, entiendo que tampoco podrá obviar, por su presumible trascendencia, algunas indagaciones que al respecto permite la escasa documentación sobre la Salamanca de finales del siglo XV y principios del XVI.

Que en 1493 fuese enviado como juez de residencia a Salamanca el doctor Gonzalo Gómez de Villasandino⁶², cuñado y «*muy yntimo e grand amygo*» del doctor Talavera⁶³, pudiera interpretarse como una curiosa coincidencia. No lo sería tanto, quizás, cuando se constata que de 1500 a 1506 residió en la ciudad como corregidor Diego Osorio, primo carnal, con buena relación además, de Diego de Guzmán, el mozo, a quien conocemos como yerno del de Talavera. Da que pensar, asimismo, que apenas coronado Felipe I, algunos adversarios del doctor reclamasen la inmediata destitución de Osorio, a quien Fernando el Católico confirmaría en su puesto al poco de fallecer su yerno⁶⁴. No obstante, seis años eran muchos para permanecer en el cargo, por lo que varios meses después don Fernando se decidiría a relevarlo. Pero quien vino a sustituirle, don Alonso Pérez de Vivero, resultó ser también primo del propio Diego de Guzmán⁶⁵. Asimismo, algunos años después serían enviados sucesivamente a Salamanca como corregidores Gonzalo de Carvajal y su primo Juan de Sande de Carvajal, regidores de Plasencia y Cáceres, respectivamente, pero ambos firmes aliados del doctor Talavera en su lucha contra su principal enemigo, por lo demás compartido, el arzobispo de Santiago⁶⁶. En 1518, una vez muertos el rey don Fernando y el doctor Talavera, cuando los viejos aliados de Felipe I dominaban Salamanca en lealtad a su hijo don Carlos y bajo el firme liderazgo del arzobispo de Santiago, sería enviado por corregidor a la ciudad don Juan de Castilla, pariente de don Juan Manuel⁶⁷, antaño el principal valedor de Felipe. Y a las órdenes de don Juan Manuel había también peleado contra los partidarios de Fernando don Pero López de Ayala, conde de Fuensalida y abuelo de don Juan de Ayala⁶⁸, que a primeros de 1520 tomaría posesión del corregimiento salmantino.

Al fin y a la postre, las «extensiones de poder» trascendían del marco puramente urbano al que las hemos visto reducidas. Se enlazaban a través de ellas múltiples lealtades, distintas opciones políticas que contribuían a vertebrar los distintos espacios, ciudades y corte, allí donde se venían a desarrollar sobre la base de la adscripción personal. Desde la muerte de la reina Isabel, las «extensiones de poder» se manifestaron de forma señalada en cada una de las crisis sucesorias y tensiones urbanas en que invariablemente se concretaron. Y durante todas esas crisis políticas, las de 1504, 1506, 1516 y 1517, Salamanca vería aflorar violentamente la tensión solapada que la *valía* del doctor Talavera y la facción del arzobispo de Santiago mantuvieron por la preeminencia de la ciudad. En buen medida, el de 1520 no sería sino una fase más de aquel largo conflicto: el heredero del doctor Talavera encabezaría la rebelión comunera y su primera medida fue quemar las casas del mayordomo del

⁶² M. LUNENFELD., *Los corregidores de Isabel la Católica*, Barcelona, 1989, p. 107.

⁶³ ARCHV, Pleitos Civiles, Lapuerta-F- C. 1187-5.

⁶⁴ Véase AGS. Cámara-Personas, leg. 1, fol. 820 y AHMS, R/ 25, respectivamente.

⁶⁵ E. COOPER., *Castillos...*, p. 1052, y G. FERNÁNDEZ DE OVIEDO., *Batallas y quinquagenas*, pp. 271-274.

⁶⁶ E. COOPER., *Castillos...*, pp. 1149-1152.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 784.

⁶⁸ G. FERNÁNDEZ DE OVIEDO., *Batallas y quinquagenas*, pp. 379-390.

arzobispo y expulsar a sus secuaces de la ciudad⁶⁹. El resultado fue que los viejos del doctor fueron como traidores depurados del regimiento, dando lugar al absoluto predominio de la facción contraria. Y, al menos durante los primeros años de su reinado, como antaño se materializase en la secuencia formada por el Rey Fernando, el duque de Alba, el doctor Talavera y su amigo Alonso Enríquez, a que la soberanía de Carlos V se hiciese efectiva a través de sus vínculos con el arzobispo de Santiago y luego de Toledo, el criado de éste, Cristóbal Suárez, consejero de Hacienda y regidor salmantino, y su sobrino, el conde Monterrey, también regidor de la ciudad, que recibiría de la Corona el patrimonio y preeminencias que el líder de los comuneros salmantinos heredase de su abuelo, el doctor Talavera⁷⁰.

⁶⁹ AGS. RGS, 20 de diciembre de 1522 y ARCHV, Pleitos Civiles, Pérez Alonso -F- C. 1293-1.

⁷⁰ AGS. Cédulas, lib. 64, fols. 66-69v.